

## EL CASTILLO

Sin duda es un sueño lo que me ha proyectado aquí. De hecho, no estoy en mi casa. O mejor dicho no reconozco mis aposentos.

La gran sala en la que me estoy despertando, tumbado en un ancho lecho, con los brazos en escuadra y una pierna doblada, es una habitación. En el clarooscuro, consigo distinguir parte de los muebles, escasos en conjunto, ya que están colocados contra la pared, paralelos a ella : mesas rectangulares,- una es un tocador y la otra un despacho-, un lavabo, un espejo vertical amovible, un armario de madera maciza... A través de los póstigos, de cada lado de la habitación, el sol consigue crear un intersticio de luz que viene a dar contra los cristales de la ventana y que penetra en la sala, reflejándose en el suelo. Así, poco a poco, se hace más precisa mi percepción, como el despertar que despeja las últimas neblinas del sueño. Ahora mi atención es meramente nítida, mi conciencia totalmente operacional.

Pero veamos, ¿qué hago yo aquí? Cómo he llegado a este lugar?

Y para empezar, ¿ qué día es hoy? Más humildemente..... ¿qué hora es? Estas preguntas prosaicas son las que me vienen a la mente. Sin demora, les suceden otras interrogaciones quizás más recónditas : si estoy aquí, en una morada que parece inmensa, supongo que es sin duda por una razón particular. Pero ¿cual? En otras palabras, ¿cuales son mis intenciones?

Esta retahíla de preguntas, estas interrogaciones ensartadas me llevan ya no tanto a especular sino a ponerme en movimiento. Mientras poso el pié por el suelo, considero el silencio que impera aquí, desde el principio, es decir desde el momento en el que he dejado el sueño. Adosado a la silla del escritorio, un albornoz claro de algodón pesado revela unos pliegues superpuestos , sinónimos de cierto orden. Acabo de comprobarlo con mis propias manos, antes de desplegarlo y de ponérmelo. Es exactamente a mi talla. Vestido de esta manera, puedo salir de la habitación-de mi habitación tendría la tentación de decir- para ir al encuentro del lugar.

En el pasillo enlosado, una escalera a la izquierda indica una segunda planta mientras que los primeros peldaños , si me conformo a la claridad que los hace visibles, significan que me encuentro en la primera planta. Los dos ventanales situados a la intersección de los dos tramos ascendientes de la escalera estan formados ambos de un ángulo recto cuyos segmentos se hallan reunidos por una línea curba, una larga curba oblonga. Altos, estrechos, simétricos dichos espacios de vidrio dejan

penetrar una abundante luz blanca, la luz de la mañana. De los tabiques a las paredes pasando por los eslabones, la piedra es la que domina, una piedra lisa, tan lisa que es imposible leer en ella, a simple vista, la mínima traza de polvo.

Siguiendo adelante, bañado en una temperatura suave-un aire seco y casi fresco que debe alcanzar los dieciocho o diecinueve grados- alcanzo una de las salas abiertas, tras haber bordeado varias puertas cerradas. En el marco de la estancia, descubro lo que sin duda es la sala de banquetes: una larga mesa rectangular de madera maciza, unos sillones de cuero con el respaldo claveteado, candelabros, una chimenea donde morillos paralelos a las paredes....

Aquí también, el silencio impera, es el silencio el amo. De pie al lado de la silla principal, la que se encuentra al cabo de la mesa-la silla del huésped sin duda- observo enfrente de mí un cuadro que ocupa la pared encima de la chimenea: el rostro de un hombre de perfil se destaca sobre un fondo oscuro, de lo que podría ser la penumbra....claroscuro entre la blancura de su tez y la oscuridad del decoro...

¿Quién será ese hombre? ¿será famoso? O bien ....¿lo sería? Mi memoria no me indica nada tangible, ni siquiera una hipótesis...

De nuevo en el pasillo, tomo por el corto pasadizo que conduce a la otra sala abierta, mientras noto la reducción del techo, una reducción sustancial que se haya en contraste total con la sala de banquetes.

Después ahí también, alcanzo una escalera pequeña que tengo que bajar para entrar de vez en esta nueva estancia. Algun tanto exígua y menos alumbrada, presenta un mobiliario o más bien unos objetos totalmente diferentes. En primer lugar, a lo largo de las paredes, a intervalos regulares unos yelmos están integrados en cavidades o infractuosidades como ideadas a medida, en el fondo de las cuales un vidrio traslúcido cierra el espacio. Cada yelmo, así me lo confirma mi mano, está perfectamente limpio, como si le acabaran de quitar el polvo. Luego, en la pared del fondo, están colgadas en lo alto una serie de espadas, todas paralelas unas con otras, con la empuñadura hacia arriba. Algunas, las del medio, están en su funda, mientras que otras, a la periferie, brillan con todo su esplendor. Sus hojas se componen de dos partes de igual longitud que se juntan para formar una larga arista, excepto la extremidad, en forma de punta. Estoy pues en la sala de esgrima, una sala en la cual el silencio impera también ahora, más denso aun que en el espacio conocido hasta aquí. Al dirigirme a la salida, pienso en la superficie de esta fortaleza cuyas salas son probablemente muy numerosas y seguramente todas deshabitadas, o por lo menos desocupadas. Entonces estoy solo, sin duda, en extensa morada fortificada en la que dominan el orden, la limpieza y el silencio, un silencio como invasor. Podría, si quisiera,

proseguir la visita del lugar, entrar en cada pieza y hacerme a su fisionomía. Sin saber verdaderamente por qué-quizás sea para saber más de los motivos que me han conducido hasta aquí, a menos que sea para apartarme de esta demasía de silencio, de estética, de exceso de alma de esta fortaleza, como si creciera su presencia- me decido a dejar el lugar, tomando por la escalera que lleva a la planta baja.

Trás haber abierto el pesado portón de hierro forjado, cruzado el patio y franqueado el soportal del rastrillo, me encuentro en el exterior en la naturaleza, en la luz ténue de la mañana. Ahora puedo volverme hacia atrás, me encuentro bastante lejos para admirar el conjunto de la fortaleza: torreón, murallas, torres, arquerías....este castillo es todo de piedra y de madera, se impone naturalmente en medio de un bosque diseñado para él, un bosque que se ajusta a sus formas. Ahí está el castillo, erguido, inmóvil, sin el menor habitante o visitante.

Cuanto más lo miro, más imagino aquellas moradas, casas, edificios urbanos trazados, diseñados y pintados por ese gran artista americano, un artista contemporáneo. Son lugares de lo más auténtico. Y llego a preguntarme lógicamente si de cierto modo, no sigo soñando.

*Traduction de Pilar Bitran*